

Ensayo

La insustentabilidad socioambiental de la producción del espacio urbano en el capitalismo específicamente neoliberal

THE SOCIOENVIRONMENTAL UNSUSTAINABILITY OF THE PRODUCTION OF URBAN SPACE IN SPECIFICALLY NEOLIBERAL CAPITALISM

Josemanuel Luna Nemecio

*Doctorante en Geografía, Posgrado en Geografía, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México
Email: josemanuelunanemecio@yahoo.com.mx*

Resumen

El presente trabajo entabla una discusión con las nuevas interpretaciones acerca de la urbanización. Se desarrolla desde la Crítica de la Economía Política un análisis de la producción del espacio urbano que posibilite abordar la refuncionalización de la ciudad en el modo de producción capitalista y en relación a la dinámica y evolución propia del espacio rural. Conceptos como la división social del trabajo; el desarrollo de fuerzas productivas técnicas comunicacionales y de transporte; y la acumulación de capital, se tornan centrales para dar cuenta de los fenómenos de subsunción formal y real de lo rural por lo urbano. Esta perspectiva crítica posibilita observar el triple código espacial presente en la producción de un espacio urbano capitalista específicamente neoliberal y que termina por imprimirle un sentido y contenido particular y específico a los ritmos diferenciales entre la lógica de la acumulación de capital y los ciclos de reproducción de la naturaleza; refuncionalizando al espacio urbano como un valor de uso negativo producido por el capital y, por lo tanto, marcado por la impronta de una insustentabilidad socioambiental.

Palabras clave: Producción del espacio, división social del trabajo, desarrollo de fuerzas productivas, acumulación de capital, insustentabilidad socioambiental

Abstract

This paper engages a discussion using the new interpretations about urbanization. We make a critique of the demographic reading from the Critique of Political Economy, an analysis of the production of the urban space that makes it possible to tackle the refuncionalization of the city in the capitalist mode of production and in relation to the dynamics and own evolution of the rural space. Thus, concepts such as the social division of labor, the development of productive communication and transportation techniques, and the capital accumulation, become central to account for the phenomena of formal and real subsumption of the rural by the urban. A critical perspective that makes it possible to see the threefold spatial code present in the production of a specifically neoliberal capitalist urban space, which ends up giving it a particular and specific meaning and content

to the differential rhythms between the logic of capital accumulation and the reproduction cycles of nature; thus, redefining urban space as a negative use value produced by capital and, therefore, marked by the imprint of socio-environmental unsustainability.

Key words: Space production, social division of labor, development of productive forces, capital accumulation, social and environmental unsustainability

Introducción: primeras visiones acerca de lo urbano

Si miramos con detenimiento el proceso de expansión urbana de México, desde la década de los '70 –correspondiendo a dinámicas propias del mercado mundial inmobiliario pero sin negar la especificidad del caso mexicano (Anzaldo & Barrón, 2009:53)– se puede observar un claro avance del espacio propiamente urbano hacia las zonas periféricas al verse desbordados los límites originales de las metrópolis.

Ante el fenómeno de urbanización del espacio, diversos autores se han dado a la tarea de conceptualizar este proceso de producción. Así, se ha visto a la urbanización de la periferia como un proceso de desurbanización (Dematteis, 1998:17-33), desconcentración urbana (Isern & Vilagrasa, 2002:57-60) o contraurbanización (Sexto, 1998:117-118). También se destacan aspectos formales y de exterioridad respecto del fenómeno urbano; insistiendo en problemas o dimensiones acerca de si el avance de la ciudad responde a una dinámica de rururbanización (López, 1986:59-74), de contraurbanización (Cardoso, 2011:497-521), periurbanización (Ávila, 2009) o suburbanización (Monclus, 1998:5-15); o que caracterizan a la urbanización como un fenómeno policéntrico, o difuso, etc. y que, por lo tanto, conceptualizan la existencia de un tipo de ciudades que corresponden a dichos procesos y que no tienen una fisonomía clara, sino más bien fragmentada y dispersa sobre el espacio rural. También se habla acerca de la segregación residencial aludiendo a una falta de integración de las clases sociales al interior

de las ciudades, como una especie de gentrificación (Smith, 2012), formación de guetos o de barrios cerrados (*guettes comunités*).

Las discusiones científicas en torno a la producción del espacio urbano se quedan atrapadas en las formas diversas que adoptan los procesos de urbanización, sin alcanzar a distinguir el aspecto decisivo de dicho proceso. Éste tiene que ver con un análisis crítico del contenido material e histórico social que se despliega a su interior como correlato del desarrollo de las fuerzas productivas, tanto técnicas como procreativas y de las relaciones sociales de producción; así como en función de las dinámicas de división social del trabajo, acumulación de capital, valorización del valor y tendencia de la tasa de ganancia a decrecer, etc.; características todas ellas que marcan la impronta del mercado mundial al interior del capitalismo contemporáneo y que debiesen ser pensadas en su especificidad histórica.

Al procurar definir conceptualmente 'lo urbano' encontramos que desde una perspectiva demográfica, "la urbanización se define como el incremento de la proporción de población que reside en lugares clasificados como urbanos" (Anzaldo & Barrón, 2009:53); sin olvidar que el hecho específico y caracterizante de la fenomenología de lo urbano es la ciudad. En este sentido, podemos comprender a la ciudad desde la definición sociológica que ofrece Louis Wirth quien la considera como un "asentamiento relativa-

mente grande, denso y permanente de individuos socialmente heterogéneos" (citado por Anzaldo & Barrón, 2009:53) Recordemos que para la sociología urbana tradicional, lo urbano es considerado como "la expresión más elaborada de la difusión de innovaciones y cultura urbana, o de cambios en los hábitos individuales" (Loteró, 1982:36).

Quienes actualmente se dedican a la investigación científica de la ciudad, al querer llevar a cabo una clasificación del fenómeno urbano, han desarrollado categorías meramente aparentes –entrapadas en el sentido común– que no tocan el contenido esencial y material de dicho proceso; de tal manera que han "preferido dejar las características sociales y económicas de [la ciudad] como algo que está íntimamente relacionado con el tamaño de la población y su nivel de concentración" (Anzaldo & Barrón, 2009). Es decir, se ha privilegiado el enfoque demográfico como factor que explica sola y exclusivamente el desarrollo urbano. Pues para los demógrafos "la urbanización es un simple hecho de concentración espacial de población a partir de unos determinados límites de densidad, resultado de la acción de movilidad individual por factores de atracción presentes en los centros urbanos" (Loteró, 1982:36). Si bien se ha abierto el debate de quienes ven en la relación campo-ciudad "una diferencia absoluta entre las características de las localidades urbanas y rurales que las hacen mutuamente excluyentes [hay también quienes argumentan que estas diferencias] son sólo de grado, por lo que es posible encontrar localidades más o menos urbanas o rurales" (Anzaldo & Barrón, 2009: 53).

En la década de los '70 Luis Unikel formuló una definición operativa de población urbana y rural alternativa a la dicotomía urbano rural, clasificando como urbanas a las localidades de 15 mil habitantes o más, como mixtas a las localidades de 5 mil a menos de 15 mil habitantes y como rurales a las menores de 5 mil habitantes (Unikel, 1976:54). Esta categorización del espacio urbano desde una mirada demografi-

cista deja fuera toda especie de determinante técnico y objetivo que caracterizaría al espacio urbano, sin embargo, pese al carácter limitado de esta definición, se puede rescatar el que de ella se desprende el contemplar un elemento que media la contradicción entre el espacio urbano y el espacio rural, a saber, los territorios mixtos o de transición.

La posición sesgada de la mirada demográfica de Luis Unikel ha permeado a la producción teórica elaborada por el urbanismo; sin mencionar que dichas investigaciones suelen quedar entrapadas en estudios descriptivos de las ciudades, en donde se llevaban a cabo ejercicios que enlistaban y describían los componentes morfológicos de las mismas, obviando lo relativo al proceso de producción del espacio urbano. La mayor parte de bibliografía que a partir de entonces se produjera en referencia a lo urbano, tomó como objeto de estudio a la Ciudad de México y su corona de ciudades; región conocida como la Zona Metropolitana. Otros estudios, en un segundo lugar, tomaban como objeto de estudio a las ciudades de Guadalajara y Monterrey, megalópolis que conducían y jerarquizaban el proceso de urbanización en nuestro país. Así, podemos reconocer que los estudios sobre la urbanización del espacio preponderaban la investigación de aquellas grandes aglomeraciones urbanas, quedando en ellas desleídas, los procesos regionales y locales del proceso de producción social del espacio urbano; pues a medida que la lógica de urbanización de las referidas megalópolis iba subordinando al resto del territorio, los estudios sobre la urbanización del espacio cayeron en el uso generalizado de explicaciones automáticas y simplistas del propio proceso urbano, así como de sus condiciones de posibilidad particulares. Tal es el caso que dichos análisis han prescindido de incorporar a su *corpus* argumentativo elementos como el uso de suelo y la propia producción social del espacio.

La preocupación por lo demográfico en las investigaciones que intentan abordar el fenómeno de lo

urbano, ha echado de menos el tener que desarrollar una mirada totalizadora que intente conocer y deconstruir la vasta complejidad que constituye el proceso de producción del espacio urbano en la sociedad contemporánea. Por tal motivo, la existencia de un sistema complejo de múltiples unidades urbanas, es tratada por economistas, arquitectos, urbanistas, demógrafos e, incluso, por geógrafos bajo la categoría panaceica de 'crecimiento urbano' a un tiempo en que ven a éste como "un resultado o condición de introducción del progreso técnico o de la innovación, es decir como un efecto de la 'modernización' económica, social, política, etc." (Anzaldo & Barrón, 2009:54); miradas, todas ellas, presas del mito del progreso que enarbola la sociedad capitalista. Es decir, nos ofrecen una mirada fenomenológica y cuantitativista del avance de la ciudad sobre el territorio. Sin mencionar que, dichos análisis no tocan lo referente al espacio; o, cuando llegan a incorporar a este elemento en su ejercicio de reflexión teórico, lo hacen de la misma manera que la criticada por Henri Lefebvre (2013) en su Producción del espacio,

a saber: como un receptáculo en el que caben todos y cada uno los elementos, en este caso, que conforman e integran lo urbano.

Para las investigaciones de esa línea, el proceso de urbanización no es más que un simple crecimiento continuo, lineal y sin contradicciones de la ciudad; mismo que es resultado de la toma de decisiones individuales y aisladas de los múltiples individuos que conforman la sociedad según sus preferencias como ser racional o su propensión media a emigrar. El desarrollo de lo urbano sobre el territorio queda como un proceso ahistórico, en el que lugar y sociedad *aparecen* de forma aislada y deterministamente actuando según diseños de la tendencia urbanizadora general. Para tales argumentaciones lo único importante son las dinámicas y transformaciones sociales que aparecen bajo una correlación de fuerzas en equilibrio entre las diversas unidades urbanas que constituyen dicho proceso. Siendo el Estado capitalista la institución que interviene para salvaguardar dicho equilibrio y diseñar vertical y autoritariamente la planificación urbana.

Interpretación de la urbanización desde la Crítica de la Economía Política

La importancia de que existan –a contrapelo de dichas investigaciones– intentos por llevar a cabo la formulación del análisis de lo urbano desde una perspectiva crítica y totalizante, permite reconocer aquellos elementos que marcan la especificidad del propio proceso de producción y consumo del espacio urbano en el capitalismo contemporáneo. También posibilita ubicar a lo urbano en su avance sobre el territorio, dando cuenta de las diversas zonas en las que lo urbano y lo rural se contradicen, complementan y coexisten, paradójicamente o no, en una misma zona o región. Esto permite observar la urbanización en su proceso de desarrollo y en correlación con los ritmos diferenciales que marca la

valorización del valor y la acumulación de capital, crisis económica y causas contrarrestantes de la misma, incluidas y expresadas en el espacio socialmente producido.

Refuncionalización de la ciudad en el modo de producción capitalista y de la relación de ésta con lo rural

Lo urbano confluye articulada o desarticuladamente con lo rural. La ciudad como expresión de lo urbano sobre el territorio, se topa con zonas rurales que tarde o temprano son sometidas a la propia lógica de urbanización. Esta subordinación no implica la supresión de la existencia de las propias lógicas rurales

(actividades campesinas incluidas), más aún, estas prácticas, tradiciones y costumbres de gestión económica, política y cultural de corte rural pueden llegar a persistir de manera inalterada. No obstante, se han de reconocer las transformaciones y dinámicas que el espacio rural ha tenido, no como consecuencia del proceso de urbanización, sino como parte específica de su propio desarrollo histórico, a la luz de las diversas tensiones, contradicciones y cambios acontecidos con la entrada en vigor del patrón de acumulación de capital neoliberal.

En zonas consideradas como rurales llegan a presentarse pequeños gérmenes o núcleos ciudadanos en los cuales la presencia de lo urbano coexiste con el ámbito rural, lo que se traducen en una complejización tanto del concepto de lo urbano y de lo rural; pues los límites se desdibujan, fundiéndose uno con el otro y dando lugar a espacios que propiamente pueden ser caracterizados como mixtos o de transición entre lo rural y lo urbano. Esto puede ocurrir porque el crecimiento de las ciudades desde lo económico, político, cultural y social se traduce tanto en cambios arquitectónicos y de morfología urbana, como también de uso de suelo definido según intereses especulativos y de inversión por parte de los capitales (privados y sociales) urbanos. Ello redefine diversos aspectos de la vida cotidiana, tanto para los habitantes de la ciudad como para los de las áreas rurales, como correlato a que “en la sociedad capitalista contemporánea se lleva a cabo una urbanización del campo, [y] no, como entre los antiguos, [una] ruralización de la ciudad” (Marx, citado por Fuentes & Terrazas, 2011:45).

Como parte de un proyecto civilizatorio y encontrándose relacionados por la contradicción entre lo urbano y lo rural, tenemos espacios geográficos en los cuales no existe propiamente una ciudad pero, tampoco podríamos definirlos como rurales, en tanto que no se encuentran espacialmente lejanos a zonas urbanas y sus principales actividades poco a poco van dejando de estar orientadas a lo agrícola

e, incluso, pueden llegar a refuncionalizarse adoptando una dimensión acorde a las necesidades de abastecimiento de la ciudad; a un mismo tiempo en que la propia morfología del espacio rural en transición –tanto demográfica, como arquitectónica– va dejando de ser de tipo agraria. Esta mixtura urbano-rural ofrece una mirada crítica a la relación urbano-demográfica-migracionales que actualmente es utilizada para abordar el fenómeno de la urbanización. Como señala Martínez, “lo urbano no puede entenderse como escenario armónico acabado sino como espacio de conflictos, de enfrentamientos, espacio de lo imprevisible, de desequilibrios, donde las ‘normalidades’ se desarman y rearmen a cada momento” (Martínez, 2013:27).

En las ciudades –como factor nuclear de las zonas urbanas y, a contrapelo de lo que ocurre en el campo y en los espacios rurales– una gran masa poblacional se va concentrando y centralizando como parte del proceso de descampenización, lo que es acompañado del cambio de uso de suelo de las tierras agrícolas a urbanas. Este éxodo poblacional del campo a la ciudad genera, a su vez, un tipo de división social del trabajo, en donde los ciudadanos se encuentran completamente enajenados respecto a cualquier tipo de actividad que de manera inmediata les proporcione el acceso a los medios de subsistencia provenientes de la tierra. Se delega en el campo la tarea de producir los medios de subsistencia básicos alimentarios; mientras los urbanitas, se dedican a la producción, circulación y el consumo del resto de valores de usos que configuran el arsenal de mercancías que actualmente compone y estructura la sociedad capitalista contemporánea. Como parte de la complejidad que adquiere la relación contradictoria entre lo rural y lo urbano, los mismos habitantes de la urbe se posicionan al centro de la esfera productiva en la sociedad moderna; pues precisamente es en el espacio urbano donde todo el complejo maquinístico gran industrial se concreta, así como los canales de distribución y consumo

tanto de estos bienes como de los producidos en el campo. Esto posibilita las bases materiales para la acumulación de capital, la reproducción del capital y la generación de una sobrepoblación relativa según la ley general de la acumulación de capital; pues es ésta la que va a determinar cuál ha de ser la concentración y dinámica poblacionales tanto en el espacio urbano como rural.

En efecto, las necesidades del capital al llevar a cabo su proceso de acumulación y asegurar la reproducción de la valorización del valor que hoy en día el modo de producción capitalista despliega a lo largo y ancho del mercado mundial, encuentran su manifestación concreta en el espacio urbano. Pues como señala Henri Lefebvre: "la producción industrial, después de un cierto crecimiento, produce la urbanización, permite las condiciones y abra las posibilidades de ésta. La problemática se desplaza y se convierte en problemática del desarrollo urbano" (citado por Martínez, 2013:34). De modo que el capital toma cada uno de los elementos objetivos y subjetivos que configuran la totalidad del espacio, redefiniéndolos en un sentido y contenido valorizante. Tal configuración capitalista del espacio se traducirá en una serie de lugares en donde la propia división social del trabajo expresa ya –como condición y resultado– la escisión entre el espacio urbano y el rural.

La red urbana multinuclear mediada por zonas rurales como expresión de la subsunción formal y real de lo rural por lo urbano

Si el capitalismo ha creado y reproducido las condiciones materiales, ha desarrollado las fuerzas productivas técnicas y procreativas para apuntalar un proyecto civilizatorio fundado en la producción social de un espacio urbano que sea funcional a la propia lógica de valorización de valor, tal camino de configuración de un mercado mundial capitalista urbanizado se debe considerar como una sucesión de múltiples contradicciones en las cuales la concen-

tración de los medios sociales de producción y de reproducción de la vida cotidiana, se encuentra primero, llevada a cabo al interior de las propias ciudades; mientras que en el campo se despliegan procesos de trabajo destinados a la simple reproducción de las condiciones de posibilidad para que la urbe exista; a la par que se ven desplegados procesos de reconfiguración del propio espacio rural bajo la dinámica del nuevo patrón de acumulación de corte neoliberal, incluido el Tratado de Libre Comercio con América del Norte.

Es decir, se establece una relación subordinante del campo por parte del capital; al mismo tiempo que en la ciudad ya específicamente capitalista, se lleva a cabo una complejización de la división social del trabajo, en la que quedan asignadas por la lógica de la acumulación de capital, todas aquellas actividades referentes al capital industrial, financiero y comercial; así como también se totaliza la reproducción de la fuerza de trabajo subordinada formal para extraer plusvalor absoluto y relativo a la clase trabajadora.

En un segundo momento, la mencionada concentración de los medios sociales de producción y reproducción de la vida cotidiana, pasa a desbordar los propios límites de la ciudad y permeando sus márgenes y generando una red urbana multinuclear mediada por zonas rurales que en sí constituyen una región urbana en donde las diversas ciudades que la componen se diferencian unas a otras por el tipo de actividades que los diversos capitales desempeñan en cada una de ellas; así como también por el diverso grado de madurez que el propio capitalismo vaya teniendo en cada uno de los territorios que conforman dicha región. Por ejemplo, si las actividades económicas que se llevan a cabo en las ciudades que conforman una región en proceso de urbanización representan canales de explotación de plusvalor atractivos para la propia lógica de reproducción ampliada de capital, la velocidad con que se lleve a cabo la urbanización del espacio pasará por subordinar aquellas zonas agrícolas cuyas condiciones ob-

jetivas (fertilidad, recursos hídricos, forestales, minerales, etc.) y subjetivas (fuerza de trabajo en proceso de descampesinización), serán refuncionalizadas en aras del complejo maquinístico gran industrial de la serie de ciudades que conforman el mencionado sistema; así como de la ciudad que hegemoniza el proceso de producción social del espacio urbano y de otros sistemas polinucleares de pequeñas o grandes ciudades cuyos procesos de urbanización particulares le sirven de apoyo industrial o manufacturo, ya sea mediante la provisión de mercancías o de fuerza de trabajo proletarizada presta a ser explotada.

La regionalización urbana producida por el capital se encuentra presente también en aquellas zonas en las que el campo nuclea el proceso de reproducción social pero que, al mismo tiempo, se ve impactado por el avance de la ciudad que termina por someterla tangencial e incluso directamente bajo su lógica urbanizadora; haciendo que la contradicción campo-ciudad sea cada vez más difícil de distinguir. Para poder hacerlo, así como también para identificar con claridad aquellas localidades que se encuentran en un proceso de transición de lo rural a lo urbano podemos observar, en primer lugar, que ocurre una subsunción formal del espacio rural por lo urbano en donde el sentido del campo pasa a estar en función de las prácticas urbanas de distribución y consumo de bienes agrícolas producidos. Esto ocurre sin que de manera sistemática suceda una alteración en el contenido de dicho espacio; es decir, que aunque las actividades rurales sean refuncionalizadas para apuntalar a la acumulación de capital en las ciudades, el contenido material del espacio rural permanece inalterado: no se realizan procesos de asfaltización del suelo, diseño de una arquitectura y servicios públicos característicos de las ciudades, se conserva un uso de suelo, pero las prácticas sociales dejan de ser de tipo agrícola (comunales o ejidales) para pasar a ser ya lentamente de tipo urbano.

Otro momento del tránsito de lo rural a lo urbano, se encuentra en la subsunción real del espacio rural

por lo urbano, momento en el que el contenido del espacio rural es ya trastocado por el avance del proceso urbanizador, cambiando el uso de suelo, y presentándose la paradoja de que aunque aún existen extensiones de tierra con una rentabilidad agrícola y económica creciente, éstas dejan de utilizarse para la producción de medios de subsistencia inmediatos; con lo cual, quienes dependían del trabajo directo en dichas tierras (los campesinos) se ven impactados por el “proceso de urbanización del campo, es decir, de la implantación de los intereses urbanos sobre la vida agraria” (Fuentes & Terrazas, 2011:47). Son expropiados –como correlato de la propia acumulación originaria de capital siempre en curso– de sus medios de producción y pasan a engrosar las filas del proletariado ya sea como ‘ejército obrero en activo’ o ‘ejército industrial de reserva’.

La consecuencia de dicha transición hacia la subordinación real de lo rural por lo urbano, es una desbandada poblacional que se ve forzada a migrar del campo hacia las ciudades generando, consecuentemente, que la población urbana crezca con las consecuencias sociales que esto provoca, en especial para los campesinos. Como las personas no son seres inmateriales que puedan estar suspendidas en el éter, estos tienen que arraigarse materialmente en el espacio en el que se encuentran, el urbano. Son estos sujetos pues, los que con su praxis llevan a cabo la producción social del espacio, eligiendo consciente o inconscientemente, la forma y el contenido que ha de tener el desarrollo urbano; generándose con ello una expansión de la ciudad.

Acumulación de capital, división social del trabajo y concentración de capital

El capital se posiciona como transformador y productor de una nueva espacialidad al imprimirle un sentido y contenido diferentes, acorde a sus necesidades valorizadoras y de acumulación. Lo urbano aparece como el espacio dominante por excelencia, al tiempo que logra la articulación del complejo ma-

quinístico gran industrial con lo rural; a pesar de que este encuentro pase por la desintegración de la forma de vida campesina, por motivo de los cambios en la propia dinámica productiva del campo (orientada ahora a satisfacer las necesidades de la ciudad); por la expropiación y privatización de los recursos naturales: tierra, agua, biodiversidad, etc.; o porque se requiere construir medios de transporte, comunicación, etc. Se trastoca con ello, la vida cotidiana de las personas en tanto que el propio proceso de urbanización acorta las distancias entre los factores productivos del capital; con lo cual, el desarrollo urbano pareciera adquirir fuerza propia (Loter, 1982:36), llegándose a desplegar un proceso en donde la urbanización aparece como condición, pero también como resultado de la reproducción ampliada de capital. Al mismo tiempo se produce una centralización y concentración de los capitales al reducirse –como se decía anteriormente– la distancia no sólo entre cada una de las unidades productivas al interior de la ciudad, sino también entre cada uno de los centros urbanos que conforman la referida red urbana multinuclear. De esta manera, el tiempo de rotación del capital se ve acortado y, con ello, se incrementa la masa de ganancia de los capitalistas, quienes encuentran al mercado mundial urbanizado listo para recibir todas las mercancías por ellos producidas, toda vez que las fuerzas productivas técnico-comunicacionales y de transporte logran acortar las distancias en las cuales dichos productos circulan y son consumidos.

Así vista la urbanización, se puede observar cómo el grado de maduración que tenga la producción del espacio urbano va a estar en función de la propia división social del trabajo, del desarrollo de fuerzas productivas y del grado de concentración del capital; al tener como base la reorganización espacial de las estructuras agrarias, refuncionalizándolas a las propias necesidades de la acumulación de capital presente en las ciudades.

Dado lo anterior, el proceso de producción del espacio urbano no se da de forma aislada respecto del desarrollo capitalista; en tanto que la red urbana multinuclear que se va estructurando a nivel regional en el territorio –al estar en relación con zonas e, incluso, regiones caracterizadas por lo rural– da cuenta de la complejidad que guarda la concreción espacial de la propia acumulación de capital. A medida que ésta se lleva a cabo, se va transformando el rol de cada una de las ciudades que conforman la red, estableciéndose un cierto tipo de ciudades que van a la vanguardia del propio desarrollo urbano, marcando la tendencia y el ritmo diferencial que cada uno de los factores de la propia urbanización ha de llevar a cabo y dentro de las cuales se ven emplazadas aquellas actividades productivas que apuntalan la propia reproducción ampliada de capital. Es al interior de estos centros urbanos –cuya jerarquización respecto al resto de ciudades los pone en un primer orden– que se concentra la mayor parte del éxodo poblacional que migra hacia estas ciudades para formar parte del proletariado. Es bajo la conducción de dichas ciudades de vanguardia que la propia red urbana multinuclear deriva en la configuración de las llamadas zonas metropolitanas.

Ahora bien, en un grado de jerarquía menor –aunque no de importancia dentro del proceso de urbanización en general– la propia red va designado a un tipo de ciudades *medias* en cuyo interior se concentran aquellas ramas industriales que sirven de complemento a la gran industria capitalista cuya masa y tasa de plusvalor constituyen el grueso de la acumulación de capital. Es decir, actividades como la maquila, la minería, etcétera, se encuentran acentuadas en dichos espacios urbanos; más aún cuando por su propia ubicación geográfica, estos sirven de punto de comunicación directa con el resto del mercado mundial.

Conforme el modo de producción capitalista se va consolidando en el espacio, el propio proceso de ur-

banización logra desarrollarse diferenciando a cada una de las ciudades que lo constituyen y otorgándoles cierta jerarquía y función respecto a la propia reproducción ampliada de capital. Ello se verá reflejado en la desigual distribución territorial de los medios de producción, distribución y consumo de las mercancías que conforman la riqueza capitalista; de tal forma que las relaciones sociales y de poder entre los sujetos también serán jerarquizadas, pues al interior de cada ciudad la lucha de clases entre burgueses y proletarios se ve expresada entre el enfrentamiento de intereses y necesidades respecto del diseño de políticas de planeación y desarrollo urbano, construcción de viviendas, carreteras, etc. Mientras la clase burguesa es representada por el Estado (capital social) o por las constructoras inmobiliarias –al detentar la propiedad privada de los medios sociales de producción del espacio– se producirá un tipo de ciudad que le permita mantener la hegemonía del proceso reproductivo de la sociedad. Por otra parte, la clase proletaria va a desplegar su política y *praxis* tanto para manifestar sus propias necesidades espaciales, como para contrarrestar y proponer nuevos caminos ante los embistes que el capitalismo acomete en contra de la vida urbana, en aras de salvaguardar las condiciones que permiten la explotación de plusvalor a la clase proletaria e incrementar sobreacumulativamente al capital.

Urbanización del espacio y desarrollo de fuerzas productivas técnico comunicacionales y de transporte

Ahora bien, aunque hasta el momento se ha insistido en que es la división social del trabajo la que marca el ritmo propio del desarrollo urbano en tanto que éste es un correlación de la propia dinámica de acumulación de capital, no hay que olvidar que la urbanización capitalista del espacio ha de fundarse en el desarrollo de las fuerzas productivas técnico comunicacionales y de transporte y de las relaciones sociales de producción; ya que es por medio de am-

bas que las ciudades que configuran la red urbana multinuclear (zonas agrícolas incluidas) logran una integración entre cada una de ellas a nivel regional, así como el resto de centros urbanos tanto a nivel nacional, internacional o del mercado mundial capitalista urbanizado.

Para que la dinámica de capital logre subsumir formal y realmente el espacio bajo su lógica valorizante, el Estado capitalista debe cumplir una importante función totalizadora al intervenir y tomar bajo sus riendas político administrativas, la conducción de la producción del espacio urbano en tanto crea las condiciones mínimas necesarias para que –mediante inversión pública o privada– se lleve a cabo la construcción de todos los medios de comunicación y de transporte que vienen a consolidar la integración de la red urbana multinuclear. De esta manera se manifiesta la importancia del Estado en el diseño de políticas espaciales que garantice los requerimientos fundamentales para la acumulación de capital. De ahí que el capital social elabore (democráticamente o no) la agenda urbana que en cada región se ha de llevar a cabo para la construcción no sólo de vías de comunicación, medios de transporte, emplazamiento de industrial, comercios y centros de provisión de servicios; sino también, que contemple todo el equipamiento urbano que requiere la ciudad capitalista para poder consolidarse en una red urbana multinuclear integrada por ciudades medias y de vanguardia en la cual se verán concretizadas los ritmos diferenciales de cada uno de los factores que determinan la acumulación de capital.

En los párrafos que anteceden se ha mostrado la relación que guarda la reproducción ampliada de capital con la propia producción social del espacio urbano. Pues es mediante la división social del trabajo y el desarrollo de las fuerzas productivas técnico comunicacionales y de transporte, que el Estado va diseñando cada uno de los elementos que han de integrar la agenda pública de la urbanización del

espacio; teniendo como máxima expresión a los Planes de Ordenamiento Territorial y los Planes de Desarrollo Urbano, en tanto estos instrumentos representan parte importante de los medios sociales de producción del espacio urbano que están en propiedad privada de la clase burguesa. Por este motivo, si una ciudad logra escapar y superar sus propios límites territoriales y subordina bajo su lógica al resto de regiones agrícolas, hasta consolidarse –ciudad de vanguardia– en la punta de lanza de configuración de una zona metropolitana o como una *megalópolis*, es porque dicho centro urbano es de suma importancia para la reproducción ampliada del capital en sus distintos niveles escalares. En dicho proceso, se engarza una “contradicción entre la lógica de la producción (mercantil) del espacio, la lógica de la dominación (estatal) y la lógica de la apropiación (social) del espacio, teniendo como telón de fondo la crítica hacia determinados usos de la ciencia y la técnica en la modernidad” (Martínez, 2013:42). Con esta mirada sobre el espacio esbozada desde la propia Crítica de la Economía Política “el espacio entra en las fuerzas productivas, en la división del trabajo. Sus relaciones con la propiedad están claras; también con los intercambios, con las instituciones, con la cultura, con el saber. Se vende y compra: tiene valor de cambio y valor de uso” (Lefebvre, 2013:57).

El triple código de la producción del espacio: mercantificación, fetichización y enajenación de lo urbano

Como refiere Henri Lefebvre, todo espacio es producido socialmente, la producción y consumo tanto objetual como subjetiva al interior de éste va a tomar la forma que le imprime el grado de desarrollo de fuerzas productivas (técnicas y procreativas) así como las relaciones sociales de producción de cada momento histórico de producción. De ahí que si bien el proyecto civilizatorio vigente en el modo de producción capitalista está nucleado por la producción social de un espacio urbanizado, será precisa-

mente la mercancía, el fetichismo cósmico mercantil y la enajenación material, lo que estructure el código espacial a partir del cual se produzca el espacio social capitalista.

Así, preso ya de una lógica urbana capitalista, el espacio deviene en un elemento más de ese ‘cúmulo’ mercantil que aparece como riqueza social en el capitalismo. De ahí que el valor de uso de lo urbano pase a ser dominado por el valor; y sea subordinado por ese tiempo de trabajo socialmente necesario para producir urbanidad o manifestado como renta. De esta forma mercantil se despliega una fetichización cósmico mercantil del espacio urbano; pues no sólo la ciudad –en tanto expresión y núcleo estructurante de la urbanización– aparece objetual y activamente hegemonizando al propio proceso de urbanización; también es considerada como un objeto que es su propio productor: ciudad que produce más ciudad; una ciudad incrementada en sí y por sí misma como un correlato de las relaciones sociales cosificadas y de las relaciones cósmicas personalizadas propias del fetichismo de la mercancía.

Veraza (2003) sostiene que el fetichismo cósmico constituye el desarrollo máximo del fetichismo inherente a las relaciones sociales burguesas de las que el fetichismo de la mercancía es el básico. El fetichismo cósmico se adhiere al valor de uso de la mercancía pero se llega a él sólo después de reconocer todo el circuito de las relaciones económicas de circulación, distribución, producción y consumo. El fetichismo cósmico es aquel de los valores de uso del consumo capitalista gran industrial; pero como en el consumo se sintetizan el conjunto de las relaciones de la sociedad en un sentido reproductivo, el fetichismo cósmico es un fetichismo integral que impregna toda experiencia dentro de la sociedad burguesa: la cosa en tanto cosa parece fascinante, mágica, aterradora, dominante, en fin, ambivalente e imposible y dirige como un Sol todas nuestras emociones y percepciones. La fantasía de que las máquinas son inteligentes

o de que llegan a serlo es simplemente el correlato de la experiencia maquínica del pensamiento humano, una vez que el fetichismo de la mercancía se ve apoyado por el fetichismo cósmico. Pero dicha fantasía no deja de ser una ideología; mientras que el fetichismo cósmico es una experiencia omnilateral y una realidad efectiva.

En la producción social del espacio urbano en el capitalismo, el fetichismo cósmico mercantil representa, por un lado, la refuncionalización de la ciudad en tanto valor de uso subordinado al capital que, a su vez, totaliza el resto de valores de uso que la integra y que por lo tanto sintetiza a la reproducción social en su conjunto. Por otro lado, el objeto ciudad aparece como la máxima aspiración a ser alcanzada por el desarrollo capitalista; es decir que la urbanización del espacio es puesta como el punto de culminación del progreso económico y social de la sociedad burguesa al verse reflejada en la ciudad capitalista toda la serie de adelantos tecnológicos. He aquí a la producción capitalista del espacio urbano presentada como un mito del progreso.

Así pues, la ciudad capitalista se vuelve un objeto de deseo y fascinación para la clase burguesa que ve en ella su máxima expresión al concentrar al complejo maquinístico gran industrial y los canales de circulación de mercancías en el que se concretizan los diversos consumos sociales. Tal producción social del espacio urbano estructurada en función de la acumulación de capital, se traduce concretamente en la serie de manifestaciones presentes en la propia práctica espacial; la cual adopta la lógica valorizadora como su especificidad y en la cual el pseudosujeto capital aparece –ya sea bajo la forma de capital social o en múltiples capitales de vanguardia– no sólo como agente estructurante de la propia espacialidad sino como productor de la misma quitándole al sujeto toda participación en la acción creadora y finalística del espacio urbano. Es por ello que la ciudad aparece como fascinante, mágica, liberadora, pero a la vez, como un espacio aterrador,

depredador y dominante, ya que esta contradicción le es funcional a la propia concreción histórica del modo de producción capitalista.

La producción social del espacio urbano capitalista no sólo ocurre bajo el código de la mercancía y del fetichismo cósmico mercantil que de ella deviene; sino también de una enajenación material; la cual, en palabras de Lefebvre:

se genera como consecuencia de una falta de control sobre los procesos y medios de producción y sobre el producto (o bien, sencillamente, por una participación mecánica y escasa). Esta condición resulta extensible a la producción autoritaria y capitalista del espacio: los ciudadanos no controlan los procesos ni los medios ni el producto final. La participación deviene en simulacro y se mantiene por causas inocuas. A menudo ni siquiera se comprenden los códigos simbólicos del entorno construido ni se participa de la centralidad urbana en tanto que condensación del espacio-temporal de las relaciones sociales. Esta alienación puede vivirse, además de como objetivación clásica, como segregación (en relación al conjunto social de la ciudad), como *dominación y cosificación cultural* (en relación al medio institucional) y, finalmente, como *extrañamiento* (desorientación geográfica y extrañeza en relación al medio urbano (Martínez, 2011:45)

Los sujetos aparecen como ajenos al propio proceso de producción del espacio social, siendo reducidos a ser y comportarse como meros consumidores de la espacialidad urbana; habitantes de la ciudad que no participan en la gestión de la serie de procesos productivos, circulatorios y consuntivos tanto del espacio urbano entendido como expresión/fuente de las relaciones sociales de producción, como de los múltiples valores de uso que en él se encuentran contenidos.

Es por ello que al hablar del espacio urbano como condición y resultado del propio proceso de reproducción social en su conjunto, tenemos que “el espacio forma parte de la producción, y es productor y soporte de las relaciones económicas y sociales,

de las fuerzas productivas, de la división del trabajo” (Martínez, 2011:47). Así, hablar del espacio urbano capitalista pasa por observar su proceso de producción, distribución y consumo en el modo de producción capitalista; siendo central observar los múltiples procesos de trabajo desplegados por los sujetos que realizan dicha actividad teleológica en referencia a la división social del trabajo, las relaciones sociales de producción y las fuerzas productivas del capital; elementos que han de ser pensados –junto al espacio– desde la especificidad que va tomando el modo de producción capitalista conforme este va subordinando la propia historia del espacio bajo la lógica de acumulación de capital.

Si buscamos la especificidad de la producción social del espacio urbano capitalista contemporáneo, habría que decir que no sólo se da “una reducción del significado social de la ciudad y una desestructuración morfológica del espacio dominado por el rigor técnico funcional y la apariencia de beneficios del capitalismo” (Martínez, 2011:34). Es decir, no sólo el espacio urbano es producto y soporte de los mecanismos de explotación de plusvalor absoluto y relativo a la clase obrera; ni mucho menos, esta especificidad de la producción del espacio urbano capitalista, está en que dicho modo histórico de producción nos arroja un tipo de ciudad históricamente particularizada que funge “como escenario y objeto de la lucha de clases, objetivo del capital y del Estado, como se observaba en esa urbanización ‘masiva y salvaje’ que conquistaba el territorio, sin otra estrategia que no fuera la maximización de los beneficios, con sus implicaciones nocivas sobre la vida y las relaciones sociales” (Martínez, 2011:35).

El proceso de trabajo subsumido por el capital ha devenido históricamente –al complejizarse– en lo que Veraza (2008) brillantemente conceptualiza como

‘Subsunción real del consumo bajo el capital’. Aquí, el espacio urbano es el soporte material en el que se concretiza la existencia de un tipo particular de tecnología que apuntala los procesos de explotación absoluta y relativa de plusvalor a la clase obrera. Este patrón tecnológico que existe en pleno capitalismo neoliberal, se caracteriza por ser productor sistemático de valores de uso nocivos; y que por lo tanto pasa a estar constituido por un tipo de tecnología nociva cuya especificidad está en producir mercancías cuyo consumo apuntala los procesos de dominación física y psicológica de la humanidad en su conjunto; produciendo por lo tanto, un tipo de ciudad que de manera sistemática le es nociva a la reproducción vital de la sociedad; pues la ciudad es en sí misma un valor de uso. Es por ello que la civilización material capitalista tanto en su cuerpo técnico (subsunción real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital) como en su cuerpo consuntivo (subsunción real del consumo bajo el capital) termina por generar una producción social del espacio urbano que es metabólica y fisiológicamente tanática y autodestructiva. En este sentido, la producción creciente de un espacio urbano capitalista específicamente nocivo corre a la par de la acumulación de capital creciente.

El dominio capitalista industrial se configura como subsunción real del consumo bajo el capital, en tanto ésta es la forma desarrollada de la subsunción real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital que se centra en torno a la producción y consumo sistemáticos de valores de uso nocivos. El espacio urbano que se produce socialmente deviene también en un valor de uso nocivo que va en contra de la vida tanto natural como humana, con lo cual el capitalismo recrudece su ya torcida y degradante relación que guarda con la Naturaleza. Digamos algo más al respecto.

Ritmos diferenciales entre la lógica de la acumulación de capital y los ciclos de reproducción de la naturaleza

Recordemos que la vida tiene una forma procesual reproductiva, es decir, que se produce, se reproduce y se vuelve a producir de manera repetitiva, cíclica. Los seres vivos tienen finitud y establecen una relación de intercambio con el medioambiente y con el universo, es decir entablan una relación con un ser infinito. Esta relación cíclica de lo finito con lo infinito es también metabólica, ya que los seres vivos llevan a cabo un proceso de consumo de sales, minerales, proteínas o cualquier elemento exterior que al procesarlo y asimilarlo pasa a excretar todo aquello que no le es útil; repitiendo luego, este proceso de consumo-asimilación-excreción.

Todos los seres vivos establecen una relación metabólica con el medioambiente; pues es por medio de ésta que ocurre la sobrevivencia y la reproducción de la vida. De tal manera que hay una reposición de los materiales que se van desgastando en el proceso viviente. Todo lo que se desgasta es repuesto echando mano de insumos que están en el medio exterior; de ahí, la forma cíclica o circular de la reproducción de los procesos vivos. Evidentemente estos ciclos naturales requieren de una temporalidad específica, tiempo para comer o consumir, tiempo para procesar los nutrientes y tiempo para desechar lo sobrante.

Por otro lado, también tenemos que los ciclos de la acumulación de capital, los que asociados a su reproducción en tanto objetivación de las relaciones de explotación, también requieren de cierta temporalidad. El capital, cuya finitud es establecida por los límites del mercado mundial, tiene que consumir materias primas; es decir relacionarse con la infinitud del medio natural para conseguir insumos con los cuales producir. Una vez reunidos dichos materiales, el capital los sintetiza en el proceso de producción para convertirlos en mercancías específicas que se-

rán vendidas en el mercado. Con ello, el capitalista recuperará el capital variable y constante invertido, así como logrará realizar el plusvalor explotando a la clase obrera durante el proceso de producción; y una vez recuperada la inversión inicial de capital y de haber obtenido una ganancia, el capital regresa al mercado para comprar nuevamente insumos con los cuales seguir produciendo, etcétera.

Como vemos, el tiempo de los ciclos naturales corresponde, aunque no coincidentemente, con los tiempos de compra, producción y venta del ciclo de capital. No coinciden ni en ritmo ni en temporalidad porque el capital requiere –por su propia lógica y estructura legaliforme de valorización de valor– que estos tiempos ocurran de manera cada vez más reducida; ya que de dicha aceleración en el tiempo de repetición del ciclo depende que el capitalista pueda producir para obtener más ganancias. De forma tal que mientras más rápido el capital logre pasar del tiempo de compra al tiempo de venta, más ganancias podrá obtener.

Es debido a este carácter reproductivo del capital, que Marx analiza al proceso de producción capitalista como un proceso vivo –más no vital– cuya peculiaridad está no en su circularidad sino en que si el capital busca por cualquier medio el acortar continuamente su ciclo de reproducción mediante la aceleración del tiempo de rotación. Ello se debe no solamente al carácter crematístico del capital sino, partiendo de éste, a la actitud indiferente y subordinante que el capital tiene hacia el valor de uso, es decir, a las características materiales, de calidad y útiles del producto en tanto satisfactor de necesidades; pues lo que en verdad le interesa al capital es la otra dimensión que constituye el *corpus* de la mercancía: el valor y, más específicamente, el valor que se

valoriza, el plusvalor a partir del cual el capital logra obtener una ganancia.

Sin embargo, la naturaleza mantiene la temporalidad de los ciclos naturales: el ciclo del agua, la reproducción del oxígeno de la tierra, el vital de plantas, de animales, de cada reino animal y vegetal, ya que cada una de las especies tiene un tiempo de repetición específico. Observamos por tanto, una falta de sincronización entre la velocidad de reproducción de los ciclos naturales y la velocidad del ciclo reproductivo del capital; de la cual se desprende que el capitalismo intervenga para alterar el ritmo de reproducción cíclica de la naturaleza; refuncionalizando dicha temporalidad en beneficio de la acumulación de capital. Por ejemplo, con la agricultura capitalista del siglo XVIII o XIX se empezó esquilmar gravemente la fertilidad del suelo; debido a que los agricultores se interesaban por acelerar el tiempo de siembra para cosechar y vender bajo la forma de mercancías el producto agrícola obtenido, recuperando en un tiempo menor la inversión de capital adelantada. Esta aceleración capitalista del ritmo del ciclo natural de la agricultura deterioró gravemente la reposición natural del suelo al transgredir el equi-

librio ecológico; siendo la primera vez en la que se observaba una contradicción estructural entre el capitalismo y el medio ambiente. De manera tal que se puede establecer que el capitalismo, en cuanto tal, debido a la dinámica que le imprime a la circulación de capital que pasa a forzar los ritmos de rotación del ciclo de la naturaleza, tiene un sentido antiecológico.

El capital tiene la tendencia a cortar continuamente y cada vez más, el ciclo de reproducción del capital, la rotación del capital para reponer inversiones y para acumular ganancias. Distintamente, la naturaleza mantiene sus ciclos naturales por un tiempo determinado. Pero el tiempo del capital siempre se contraponen al tiempo de vida de la naturaleza. El tiempo de vida del capital es egoísta y ambicioso, por lo que empieza a dominar sobre las formas de vida naturales, y a contraponérselos mecánica y tecnológicamente, iniciando la destrucción generalizada de la naturaleza. Esta degradación, que de manera estructural hace el capitalismo a la naturaleza, pasa a trastocar el propio sentido y contenido de la producción social del espacio urbano.

La especificidad de la producción social del espacio urbano en el capitalismo neoliberal o en la época de la subsunción real del consumo bajo el capital

La refuncionalización del espacio urbano no siempre ha tenido el carácter negativo que le impregna el modo de producción capitalista y, sobretudo, el que desde hace más de 40 años se mantiene con la entrada en vigor del neoliberalismo al tomar la forma de la subsunción real del consumo bajo el capital. Pues en sus orígenes, el espacio urbano:

es la plasmación objetiva de un modo especial de vida comunitaria. [El espacio urbano] es un espacio ciudadano que se enciende y se apaga de acuerdo al

calendario económico y político de una comunidad predominantemente rural; está allí para servir al campo, a la producción y al consumo, lo mismo en sus necesidades económicas circulatorias que en las políticas y religiosas (Bolívar, 2013:55).

Es conforme el capitalismo se va desarrollando históricamente, que el espacio urbano burgués termina, por subordinar la vitalidad del espacio rural en el momento mismo en que toma autonomía económica y política para llevar a cabo una administra-

ción propia del espacio territorial que concretiza. De manera que:

tiene lugar una inversión del sentido de la subordinación, la que fue sierva se convierte ahora en ama y señora. Hay así, en este proceso histórico, un movimiento que parte de la subordinación de la ciudad al campo, cuando esta ciudad es una aldea todavía, y termina en la subordinación del campo a la ciudad (Bolívar, 2013:55).

Por lo que “todo aquello que acontezca o deje de acontecer en el territorio de los productores-consumidores va a ser ahora determinado en la ciudad; la ciudad será la que dicte las ordenes sobre el campo” (Bolívar, 2013:55-56); convirtiéndose –como parte de un proyecto civilizatorio– en el nuevo espacio de gestión de las necesidades y capacidades de la sociedad. La relación subordinante y dictatorial de lo urbano hacia lo rural, adoptada y refuncionalizada conforme el desarrollo del modo de producción

capitalista, hace que el espacio urbano producido adopte un carácter doblemente insustentable: primero en términos medioambientales y luego a nivel político-social.

La entrada en vigor del patrón de acumulación de capital de corte neoliberal, desde los '70 hasta la actualidad, ha terminado por intensificar de manera aguda la nocividad del desarrollo urbano; característica que ha dejado de ser un elemento esporádico o particular para devenir en sistemático y general de todo proceso de urbanización a lo largo del mundo. Abordemos a detalle, en lo que sigue, cada uno de éstos sentidos que determina el carácter insustentable de lo urbano dentro del capitalismo en general –y en el neoliberalismo en particular– para poder, así, tener una imagen redonda de la forma y el contenido que caracteriza hoy en día el proceso de producción social del espacio urbano.

La insustentabilidad medioambiental del espacio urbano capitalista

El avance de lo urbano termina por trastocar tanto el sentido como el contenido del espacio, mediante la transformación de las condiciones naturales y sociales que lo integran, tanto por la instalación de unidades industriales, así como por los procesos de asfaltización y generación de servicios de alumbrado, drenaje y construcción morfológica de tipo urbano sobre la localidad que, de una u otra manera pasan por sobre el ecosistema natural y las formas de uso y gestión agrícola que hasta entonces prevalecían.

Dicho avance de lo urbano sobre lo rural se desarrolla contradictoria y complejamente hasta devenir en una clara insustentabilidad medioambiental. Ésta puede verse con mayor claridad en el sistema complejo de múltiples núcleos urbanos que comprenden la red urbana multinuclear mediada por zonas

rurales; pues es aquí que los procesos de subsunción formal y real del espacio rural por lo urbano se encuentran en pleno despliegue y consolidación. Más aún, si vemos la dinámica y composición del espacio urbano producido –que en capitalismo ya tiene un carácter contrario al medioambiente– dentro del patrón de acumulación neoliberal, el carácter tanático y degradante que dicho tipo de producción espacial establece con la naturaleza se torna más fuerte y sistemático debido a la producción de valores de uso nocivos para el ser humano y el mundo natural. Se generan daños ecológicos que van desde la degradación edafológica del territorio: deforestación provocada por la tala inmoderada de bosques para construir inmensos complejos habitacionales; la creciente dinámica industrial y de servicios, son en

general consecuencias medioambientales generadas por los procesos de urbanización (Bazant, 2000). Sin embargo, de manera particular, es en el desarrollo urbano de aquellos espacios considerados como periferias, donde “convergen la mayor parte de los procesos de destrucción y expropiación del espacio” (Barreda, s.f.).

El espacio urbano capitalista neoliberal es donde se presentan los efectos más devastadores que el avance urbanizador hace sobre el espacio rural; pues es ahí donde el espacio rural toma la importancia geopolítica y geoeconómica de ser una fuente rentable para la acumulación de capital tanto por la proletarización y explotación de la población campesina, que ahora es urbanizada; así como por la sobreexplotación de recursos naturales.

Se va configurando, de esta manera, una incuestionable devastación medioambiental provocada por “la destrucción de bosques y selvas por el desarrollo de plantaciones, construcción de represas, minas, carreteras” (Barreda, s.f.), así como por la construcción de inmensos centros comerciales (*Malls*) y de las unidades habitacionales de pésima calidad y “carentes de espacios colectivos (ayudantías municipales, iglesias, escuelas, parques, centros deportivos, centros de reunión, auditorios, etc.)” (Barreda, s.f.) y que son expresión de la “fiebre constructora y la especulación inmobiliaria que enajenan tierras, contaminan aguas.” (Hernández, 2007), provocando:

la imposición creciente de instalaciones riesgosas como los basureros a cielo abierto, los incineradores, los centros comerciales, las gasolineras, unidades habitacionales insustentables, libramientos o supercarreteras que deforestan los últimos bosques, sin importar a las empresas y autoridades los derechos ni las protestas de vecinos afectados (Barreda, s.f.)

Esta producción social de un espacio urbano medioambientalmente insustentable genera igualmente,

el levantamiento de múltiples zonas de veda de agua y la consiguiente perforación de miles de nue-

vos pozos que hoy sobreexplotan el subsuelo, el establecimiento sin control de miles de nuevos tiraderos de basura a cielo abierto, así como la creación de gigantescos rellenos sanitarios y la promoción de numerosos incineradores de basura que arroja el metabolismo de nuestro gran sistema central de ciudades. Mientras, este sistema destruye también las zonas de recarga de acuíferos (Barreda, s.f.).

Esta morfología medioambientalmente nociva de la producción urbana refuncionalizada como un valor de uso nocivo –y cada vez más nocivo– conforme se desarrolla y consolida va produciendo la “sobreexplotación de los recursos naturales, el inadecuado manejo de los desechos sólidos [...] la contaminación de barrancas y cuencas hidrológicas [lo cual] redundan en el bloqueo de la recarga y en la sobreexplotación de los acuíferos, así como en el escalamiento de la contaminación de los ríos y de los mantos subterráneos” (Batilori, 2002:19). Sin mencionar que la configuración geoespacial del espacio urbano capitalista específicamente neoliberal,

repercute a su vez en el agigantamiento de los basureros que lixivian a los ríos venenos cada vez más peligrosos y que se suman a todos los contaminantes que genera el descomunal hacinamiento urbano, la operación cada vez más desregulada de los centros industriales (maquiladores y convencionales), la sobreexplotación agropecuaria de exportación que empuja al empleo de aguas muy profundas contaminadas con arsénico, la apertura de mina y pozos petroleros que desechan impunemente sus presas de jale sobre los ríos, etcétera (Batilori, 2002: 19).

Es así como en el caso de la devastación ambiental de los recursos hídricos provocada por un modelo insustentable de ciudad, se van presentando bajos niveles en la disponibilidad de agua potable, carga y recarga de acuíferos, etcétera. Esto termina por impactar negativamente sobre los mantos freáticos, manifestándose una escasez absoluta de agua que provoca que las áreas rurales comiencen a establecer una dependencia hídrica en tanto que dejan de contar con la cantidad de agua necesaria para satis-

facier las necesidades de sus habitantes, ya sea para su consumo o para la producción agrícola.

Además de lo anterior, el avance urbano sobre el territorio rural, provoca la agudización de la insustentabilidad medioambiental, pues no sólo se genera una escasez de los recursos hídricos –como forma en la que se expresa la crisis hídrica que el capitalismo ha producido históricamente mediante la urbanización del espacio– por la sobreexplotación del espejo de agua de ríos, lagos, cuencas, manantiales, ojos de agua, etcétera; sino que a causa de la urbanización que, en el capitalismo contemporáneo, se manifiesta en la contaminación de los recursos hídricos. Éstos pueden tener concentraciones de tóxicos nocivos para el consumo, pero sin embargo, son arrojados a las aguas como residuos del proceso de producción; también, por el pésimo equipamiento de drenaje y desazolve del sistema técnico de la red de tuberías que crece conforme aumenta la demanda de la población o de aquellos capitales que se asienten sobre el territorio y que se ven colapsadas tanto por un precario mantenimiento como por la gran presión que sobre ellas ejerce el espacio urbano capitalista. Esta situación hace que se establezca una relación devastadora con la naturaleza, generando un desequilibrio metabólico al no respetar los ciclos ecológicos del agua, de la tierra y de la biodiversidad toda.

La insustentabilidad sociopolítica de la ciudad capitalista

El avance urbanizador sobre el espacio social, también ha hecho que se generen una serie de fracturas en el metabolismo de gestión de lo político de la sociedad; pues las prácticas políticas de gestión rurales terminan por ser subordinadas a la lógica de lo urbano, es decir, bajo la égida del capital; terminando por urbanizar las formas políticas y culturales de la vida cotidiana para los habitantes del espacio urbano capitalista.

La gente que vive en las metrópolis o megalópolis ven en la corona de ciudades una opción de residencia para escapar del hacinamiento que la dinámica urbanizadora ha producido dentro de éstas. Este espacio ‘suburbano’ resulta ser una salida que la población encuentra para satisfacer –aunque sea de manera degradada– su necesidad de contar con una vivienda. Para la gente que radica en el campo –así como para esta población urbana que migra hacia las ciudades que circundan la periferia de las megalópolis escapando de éstas– el espacio urbano capitalista neoliberal termina por constituir una vejación de su condiciones de vida debido a la especulación y expropiación violenta y fraudulenta de tierras, así como toda la serie de trastrocamientos de los patrones alimenticios, culturales y procreativos que se presentan en el proceso de metamorfosis del campesino en un habitante más de la ciudad. Todo ello debido a que esta producción urbana “subordina los problemas sociales a la eficiencia en el uso del territorio en función de los intereses de los inversionistas” (Fuentes & Terrasas, 2011:45).

Esta insustentabilidad sociopolítica expresa la problemática de los usos y costumbres de gestión del espacio, es decir, que el espacio urbano en el capitalismo y en el neoliberalismo, imprime con mayor crudeza el carácter de quienes detentan el poder económico y político al interior de la localidad y que llevan a cabo planes urbanos de desarrollo que presionan sobre las comunidades agrarias –indígenas o no– hacia un proceso de urbanización con el fin de “eliminar las condiciones de formación de sujetos agrarios rebeldes o revolucionarios; favorecer la apropiación citadina privatizadora de recursos naturales una vez despojados los propietarios o posesionarios originales –comuneros, ejidatarios, minifundistas–, y promover la formación del proletariado urbano y del Ejército Industrial de Reserva necesarios para establecer la contención salarial” (Fuentes & Terrasas, 2011:46), así como para poder estable-

cer fuentes de ganancias extraordinarias como, por ejemplo, la industria de la construcción inmobiliaria.

El espacio urbano pasa a ser objeto de diversas expropiaciones para megaproyectos: la privatización de las vialidades, la concesión a empresas privadas, el que se construyan nuevas vías de circulación, ir contra de las redes de distribución públicas de energía, de las redes de distribución públicas de agua, de las infraestructuras para el manejo y el tratamiento de residuos sólidos, etcétera. El problema es que los dispositivos que deberían garantizar la reproducción social en términos sociales y de servicios, están siendo mercantificados y privatizados, forzando que en lugar de funcionar conforme a lo que corresponde su estructura de servicios públicos cuya especificidad es su carácter social, pasen a ser materia de privatización.

Este fenómeno de privatización del espacio público al interior del espacio urbano, implica que la infraestructura urbana de los servicios públicos (agua, luz, teléfono, drenaje, etcétera) –que en otro tiempo formaban parte de la amenidad de vivir en ciudad–, va a ser reconocida sola y exclusivamente mediante el pago. Además, la privatización de servicios urbanos significa la perturbación de la propia gestión política de la sociedad; pues tras de sí, trae consigo una “imposición de planes de ordenamiento territorial o [una] manipulación autoritaria de los usos de suelo urbano” (Barreda, s/f.); lo que significa el avance de la confrontación de lo privado en contra de lo público como lo característico del espacio urbano.

Tal confrontación se da no sólo entre quién detenta la propiedad privada de los medios sociales de producción del espacio urbano y quienes se ven despojados de dichos medios al ser reducidos a meros consumidores de la espacialidad urbana; sino también, pasa por el enfrentamiento entre el capital productivo de corte inmobiliario y el capital social. Ello porque mientras los capitales individuales buscan acaparar todas las ganancias que les represen-

taría, por ejemplo, la construcción de viviendas o de megaproyectos urbanos de equipamiento vial y de redes de comunicación y de transporte, en las cuales se despliega el mecanismo de la concesión para invertir en aquellas ramas de acumulación que, hasta antes de la entrada en vigor del neoliberalismo, estaban bajo la dirección del Estado, sí, mientras esto ocurre, el capital social se ve en la contradicción de tener que, por un lado, crear las condiciones para que los diversos capitales privados avancen en dicho sentido y, por otro lado, garantizar a la sociedad civil el acceso tanto a los diversos servicios urbanos como a poder disfrutar de tener una vivienda.

Bajo este escenario, el cambio de uso de suelo –tanto con un plan de ordenamiento territorial manipulado y en cuyo diseño no estuvieron presentes los intereses de la sociedad en su conjunto, como sin él– y el proceso de privatización de los espacios y servicios urbanos de carácter público, terminan por ser un atentado contra las formas políticas de gestión y de propiedad ejidal y comunal de la tierra; pues no sólo rompen con la posesión y propiedad histórica de la tierra por los pueblos, sino que también con los lazos sociales de gestión política (politicidad) de la comunidad. Pues, a pesar de las limitaciones jurídicas y constitucionales –cada vez más y con un mayor vacío jurídico– que puedan existir para la enajenación o venta de tierras, algunos ejidatarios y comuneros ven que, al vender sus tierras, pueden obtener mayores ingresos que si se dedicaran a la cada vez más golpeada y desestructurada actividad agrícola, ya que ha tenido que soportar no sólo la presión que el avance de lo urbano hace sobre ella, sino también la presión que ejerce la llamada agroindustria al forzar al campo para que satisfaga la creciente demanda de alimentos y materias primas de las megalópolis.

De manera tal que esta generación de condiciones económicas para obligar a los campesinos a vender su tierra se topa con quienes, por diversas razones, deciden mantener su arraigo, no entregando sus tierras a la creciente especulación y demanda que

las ciudades hacen del territorio. Sin embargo, el carácter comunitario de la localidad empieza a ser resquebrajado por el fraccionamiento del espacio rural que, por un lado, comienza a ser vendido legal e ilegalmente en pequeños o grandes lotes para consolidar toda la serie de proyectos y megaproyectos urbanos, muchos de los cuales estarán ya marcados por la impronta de la privatización. Mientras que, por otro lado, habrá quienes resistan y luchen contra el avance de los capitales industriales e inmobiliarios, así como de los políticos que establezcan contubernios con estos, tanto para que no avancen en la privatización de los servicios urbanos de carácter público, así como para que el diseño de los planes de ordenamiento urbano y territoriales se de manera democrática y legal. Proponiendo y llevando a cabo diversas formas de autogestión del espacio urbano.

Se marca así, una diferenciación de las ciudades de vanguardia y medias, en tanto que las ciudades que apuntalan el proceso de desarrollo urbano, planificándolo estratégicamente, funcionan como empresas al privatizar cada uno de los servicios y espacios urbanos, al tiempo que generan una serie de mecanismos para apropiarse de las ganancias que el capital social le arrebatara al resto de capitales. El Estado aparece como mitigador de riesgos para que los

capitales inmobiliarios inviertan en las ramas de acumulación que apuntalan la urbanización del espacio en su reproducción ampliada; con lo cual, la figura de urbanización por concesión se establece como el "arma total en manos del capital inmobiliario, en un contexto expansivo y de financiación abundante y barata" (Gaja, 2015:118).

La apropiación de ganancias cuyo origen está en el sector inmobiliario no guarda una relación proporcional con la reducción de los costos de producción, teniéndose viviendas cuyos precios de mercado están muy lejanos no sólo del total del capital invertido, sino también por encima de los bajos salarios de los posibles compradores o habitantes. Ello se traduce en una sobreproducción de mercancías inmobiliarias que no logran estar en el mercado; generándose una crisis inmobiliaria cuyos efectos son de tipo cuantitativo y cualitativo. De ahí que la serie de capitalistas que están orientándose a la producción de la ciudad, pase a dirigirse hacia nuevos canales de acumulación que les prometan algunas ganancias al posibilitar salir de su estado sobreacumulativo de capital, al tener la posibilidad de invertir en la rehabilitación, renovación y regeneración del espacio urbano ya producido.

En síntesis

La producción social del espacio urbano capitalista neoliberal pasa por una irreversible urbanización tanto de la población así como de los usos y costumbres alimentarias, políticas y culturales; de ahí que en dicho espacio se vivan de manera más aguda las contradicciones que provienen de la dialéctica entre el campo y la ciudad; dadas las condiciones del actual patrón de acumulación neoliberal, la producción del espacio urbano adquiere el sello de ser doblemente insustentable.

En tanto valor de uso producido en el contexto de la Subsumción real del consumo bajo el capital, la producción de espacio urbano va a ser de tipo depredatorio y nocivo, pues terminan por generar la sobreexplotación y contaminación de los recursos naturales; generando un modelo medioambientalmente insustentable. Paralelamente, el avance de lo urbano sobre lo rural se traduce en un proceso de privatización de los servicios públicos urbanos, así como en el cambio de uso de suelo rural por el

diseño e imposición antidemocrática de planes de desarrollo urbano y de ordenamiento territorial que responden más a las necesidades de los capitalistas industriales e inmobiliarios, así como de los políticos que, en contubernio con los primeros, llevan a cabo la manipulación autoritaria del territorio mediante la ostentación privada de los medios sociales de producción del espacio.

Se genera así, una fractura social en el uso y gestión política, tanto del territorio como de los servicios públicos urbanos; con lo que se puede clasificar a dicha forma contemporánea de producir el espacio social como socioambientalmente insustentable en tanto que la naturaleza y la sociedad se ve impactada por la constitución de este tipo particular e históricamente determinado de ciudad. Vale recalcar, como se indicó precedentemente, que lo urbano no siempre ha tenido estas formas despóticas e insustentables de relacionarse con lo rural, en particular, y con la sociedad en general. La ciudad capitalista neoliberal es una novedad histórica, ya que nunca antes había existido una sociedad donde las formas urbanas incurrieran en tanta destrucción como hoy en día sucede, particularmente en aquellas las ciudades que de manera periférica, se consolidan como espacios donde lo rural y lo urbano se entremezclan estableciendo complejas y contradictorias relaciones.

Si la producción burguesa del espacio urbano concretizada en la ciudad capitalista, es un fenómeno ubicable desde el siglo XIII o desde el siglo XVI o, más recientemente, bajo la forma de la ciudad industrial desde hace 200 años, ésta no siempre ha tenido un

fenómeno nocivo, como una máquina de destrucción de la vida social y de la naturaleza. Este efecto nocivo es un fenómeno más reciente; propio del siglo XX, que caracteriza a una forma de producir el espacio dentro de la propia sociedad burguesa en el contexto del patrón de acumulación neoliberal.

De manera tal que mientras la producción social del espacio urbano capitalista es el establecimiento de relaciones complejas y contradictorias del avance de la ciudad sobre el campo que se articulan en función de la reproducción ampliada de capital; la producción social del espacio urbano capitalista específicamente neoliberal es una forma degradada de producir el espacio dentro del propio capitalismo, cuya historicidad sigue una temporalidad y un ritmo particular, al tiempo que está enmarcada por la propia estructura legaliforme de la ley del valor que se valoriza, la acumulación de capital y de la tendencia de la tasa de ganancia a decrecer. De continuar con su avance devastador y lacerante tanto a nivel de la ecología como de la sociedad, se terminará por configurar un horizonte inquietante y catastrófico en el escenario socioambiental. Es en este contexto en el que la urbanización juega un papel central en tanto punta de lanza del proceso contemporáneo de acumulación de capital una vez que ésta ha dejado de ser considerada meramente en términos cuantitativos para tocar lo referente al valor de uso y el sesgo nocivo que su producción ha tenido una vez que el capitalismo contemporáneo ha complejizado los mecanismo de subsunción real del consumo bajo el capital.

Bibliografía

- Anzaldo, C. & Barrón, A. (2009) "La transición urbana de México, 1900-2005", en: CONAPO; La situación demográfica de México; Consejo Nacional de Población; México.
- Ávila Sánchez, H. (2009). Periurbanización y espacios rurales en la periferia de las ciudades: Procuraduría Agraria, Estudios Agrarios; México.
- Barreda Marín, A. (s/f); "Crisis de urbanización no sostenible en la corona de ciudades, pueblos y municipios que rodean a la ciudad de México; Disponible en: http://www.uccs.mx/article.php?story=crisis-de-urbanizacion-no-sustentable-en-la-corona-de-ciudades-pueblos-y-municipios-que-rodean_es&query=andr%C3%A9s+barreda.
- Batilori, A. (2002); "Los problemas ambientales del estado de Morelos: la educación como parte del problema"; en Gaceta Ecológica, INE-SEMARNAT, Nueva época, Publicación trimestral, Núm. 61.
- Bazant, J. (2000). Periferias urbanas; expansión urbana incontrolada de bajos ingresos y su impacto en el medio ambiente. Trillas. México.
- Bolívar Echeverría (2013) Modelos elementales de la oposición campo-ciudad. Anotaciones a partir de una lectura de Braudel y Marx; Ed. Itaca; México.
- Cardoso, M. M. (2011); "El fenómeno de contraurbanización y el protagonismo de ciudades menores y de espacios rururbanos metropolitanos"; Cuadernos Metrópole. vol. 13, no. 26; São Paulo. p. 497-521.
- Climent López, E. A. (1986); "El proceso de formación de un espacio rur-urbano: Lardero (La Rioja);", en Cuadernos de Investigación Geográfica, Tomo 12, Logroño. p 59-74.
- Dematteis, G. (1998). "Suburbanización y periurbanización. Ciudades anglosajonas y ciudades latinas." En: Fco. Javier Monclús (ed). La ciudad dispersa. Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona; Barcelona, p 17-33.
- Fuentes Morúa, J. & Terrazas Gracia, O. (2011) "De Marx a Foster: Críticas a la urbanización insustentable"; Trabajadores. Revista de análisis y debate de la clase trabajadora, año 15, núm. 85; julio-agosto, Universidad Obrera de México; Distrito Federal. p. 45.
- Gaja Díaz, F. (2015). "Urbanismo concesional, modernización, privatización y cambio de hegemonía en la acción urbana", en Revista Ciudades, no. 18, vol. 1; Universidad de Valladolid, Instituto Universitario de Urbanística; Valladolid.
- Hernández Navarro, L. (2007). "Siembra de concreto, cosecha de ira". La Jornada, 7 de agosto de 2007.
- Isern, Jordi Mallarach & Joan Vilagrassa Ibarz (2002). "Los procesos de desconcentración urbana en las ciudades medias españolas". Revista Eria, Nº.57; Barcelona, p 57-70.
- Lefebvre, H. (2013). La producción del espacio; Ed. Capitan Swings, España.
- Lotero, J. A. (1982); "Espacio, acumulación de capital y urbanización. Una visión no tradicional", en: Revista Lectura de Economía, no. 7-8, Universidad de Antioquia, Medellín.
- Martínez Lorea, I. (2013); "Prólogo. Henri Lefebvre y los espacios de lo posible", en Henri Lefebvre, Op. Cit, p. 27.
- Martínez Gutiérrez, E. (2011) "Introducción. Ciudad, espacio y cotidianidad en el pensamiento de Henri Lefebvre".
- Marx, K. (1984). El Capital. Crítica de la Economía Política; Ed. Siglo XXI; México, 1984. Tomos I, II y III.
- Monclús, F. J. (1988). "Suburbanización y nuevas periferias. Perspectivas geográfico-urbanísticas." La ciudad dispersa. Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona; Barcelona, p 5-15.
- Sexto, Carlos Ferrás (1998). "El fenómeno de la contraurbanización en la literatura científica internacional". Revista Ciudad y territorio: Estudios territoriales, XXX; España. Pp. 117-118.
- Smith, N. (2012). La nueva frontera urbana: ciudad revanchista y gentrificación. Traficantes de Sueños, 2012.
- Veraza U., J. (2003), "Fetichismo cósmico" en Para la historia emocional del siglo XX; Ed. Itaca; México, p. 318-319.
- Veraza U., J. (2008), Subsunción real del consumo bajo el capital. Dominación fisiológica y psicológica en la sociedad contemporánea; México: Itaca,
- Unikel, L. (1976). El desarrollo urbano en México. Diagnóstico e implicaciones futuras; México, COLMEX.

Fecha de recepción: 30 de octubre 2017

Fecha de aceptación: 30 de diciembre 2017